

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 2 DE JUNIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

México y el problema diplomático del Pacífico

«Dentro de cincuenta años, el centro de gravedad de la civilización estará en el Pacífico».—HUGHES, Primer Ministro de Australia.

1

PODRÍA formularse una ley socio-geográfica fundamental, en los siguientes términos: la civilización clásica es *mediterránea*; *atlántica* la moderna, y *pacífica* la futura civilización. El golfo más grande del planeta es el Mediterráneo. El océano más vasto, el Pacífico; el Atlántico es un término medio entre el glorioso mar de Egipto, Fenicia, Grecia, Italia, Francia y España, y el enorme océano que baña con sus aguas las islas de la Sonda, el Japón, Australia, Alaska y Chile.

Todo el mundo antiguo cupo en el Mediterráneo. Sus tres cuencas—de oriente a occidente—sirvieron de teatro, por modo sucesivo, al desenvolvimiento de la cultura. La primera cuenca fué egipcia, griega y fenicia; la segunda, grecolatina; la tercera sólo latina.

2

Portugal, centinela de Europa, abrió el Atlántico a la ambición y la codicia de la raza ibérica. España entregó a la historia futura el continente americano. Inglaterra, la verdadera enemiga tradicional del poderío español, sentó sus reales al norte del nuevo continente, una vez que se libró de la magnífica empresa imperialista de Felipe II, con el desastre de la Invencible Armada que, como dijo el Rey Católico a su propio Almirante, más bien debióse a los elementos conjurados y no a la impericia de los hombres. A partir de entonces, mientras Inglaterra saqueaba a España, Holanda vencía a Portugal. Toda la historia moderna, desde el Renacimiento, es un pausado, pero seguro decaer del poderío marítimo ibérico, y un firme y progresivo desarrollo del poderío sajón.

3

Pero para los intereses actuales de la humanidad, el Atlántico resulta cada vez más estrecho. La primera potencia del mundo es inglesa, pero no es Inglaterra, y tiene costas e intereses inmensos en ambos océanos. Por Nueva York mira hacia Europa; por San Francisco, hacia el Extremo Oriente. Ahora bien, en ese extremo, con sesenta millones de habitantes, el Asia tiene una voz poderosa y terrible: el Japón.

4

Mientras Europa y América elaboraban la cultura occidental, el Asia, amodorrada en su budhismo letárgico, arrastraba perezosamente su existencia. Un día supieron con asombro los occidentales, que también los asiáticos eran capaces de forjar, en unos cuan-

tos años no más, por una obra múltiple que arredra, la nueva Inglaterra de raza mongólica, agazapada en su archipiélago setentrional del Pacífico, como la vieja en sus islas nórdicas del Atlántico. Primero venció a China en una guerra rápida y brillante. Después, merced a una serie de victorias memorables, humilló al enemigo que no pudo vencer Napoleón; y hoy, con su guante de acero, a pesar de los terremotos aliados del yanqui, llama a las puertas de la metrópoli de California—¡México, oye bien, California!—y dice: «¿Cumpliréis el Pacto de Caballeros?...»

5

Antes de apelar a la caballerosidad de la nación yanqui, realizó el Japón su hazaña más memorable: las colonias inglesas de Australia y Canadá obligaron a la madre patria a deshacer la alianza que tenía concertada con el gran pueblo asiático, por temor a la preponderancia del propio Imperio Japonés, y para contentamiento de la poderosa cancillería de Washington.

(Pasa a la página siguiente).

La línea del desinterés

El estiércol del diablo

SIN duda, es tarde para hablar de la *Vida del Cristo* cuando el libro de Papini ha dado la vuelta al mundo y goza de la más elegante celebridad en Norte América. Pero un capítulo no es el libro; un solo capítulo me interesa destacar ahora, sumándolo a otros materiales modernos, siglo XX, para el ensayo de una *doctrina del desinterés*. Se titula «El estiércol del diablo», y habla—claro está—del dinero. El dinero es el estiércol del diablo.

Ha de ser un poeta quien se atreva a decorar hoy con todas las galas del estilo idea tan triste como esta de que así como el pan, ya santo sobre la mesa del hogar, se transforma en el altar de la iglesia en el cuerpo inmortal de Cristo, así la moneda es signo

visible de una transustanciación y se convierte en la *hostia infame del demonio*.

Nuestra vida nos fuerza, desde la cuna hasta la sepultura, a perseguir esta inmundicia que las manos blancas y «medicatrices» de Jesús no quisieron tocar. Nos hemos habituado a una transustanciación más vulgar y más profunda: la moneda se convierte en pan y el pan en moneda. Al rechazarla, al huir de ella, no huimos sólo de la moneda vil, sino del sagrado pan, y nos aventuramos a no volverle a ver santificando nuestra pobre mesa. Rechazamos la vida poderosa y la vida beata, porque la beatitud no puede albergarse en el alma del necesitado. Si Jesús, hijo de Dios, no ne-